

mayores acrecentamientos, han contribuido á propagar esta idea, proclamando á cada paso en los periódicos que les sirven de órgano, que el general O'Donnell es un hombre necesario; y muchos han aducido esta consideración para excusar su inconsecuencia política.

Los hechos no han tardado en demostrar que esta aseveración, además de ser contraria á la índole del gobierno representativo, es completamente falsa. Ocho meses hace que abandonó el poder el general O'Donnell, con gran satisfacción de los pueblos; y en este espacio no breve, no han ocurrido ninguna de las calamidades que anunciaban sus partidarios para el instante en que su idolo dejase de ser el tutor de la nación, y eso que se han verificado unas elecciones generales en las circunstancias y del modo que hemos dicho en nuestro artículo anterior, que han sobrevenido los graves sucesos de Santo Domingo, y que se han tocado otras tristísimas consecuencias de la torpe conducta de la situación pasada.

De seguro que todas las cosas seguirán, no como estaban, sino que se mejorarán notablemente aunque dejen de desempeñar sus cargos los que en un arranque de despecho, ó por obedecer la consigna de sus patronos, arrojan sus dimisiones como una amenaza que quizá vaya dirigida á un objeto más elevado que el gabinete; pero, como hemos dicho, este proceder, que no es más que la continuación del que hemos referido en estos días, y que ha producido en todas las personas imparciales una indignación tan justa, sirve para conocer esta agrupación que no es ni llegará á ser nunca un partido, porque no tiene razón ni se funda más que en el deseo insaciable de mando.

Si cuando el actual ministerio declaró con toda solemnidad que no era continuación de nadie, que rechazaba protectorados indecorosos, y que iba á desenvolverse en política los principios propios de las personas que los formaban, se hubieran apresurado á dimitir sus cargos los que sin duda creen que el sistema de los cinco años—que empezó con la rectificación ilegal de las listas electorales y acabó por escribir ó inspirar la famosa última hora de *La Correspondencia*, pasando por las causas de real orden, por las quemadas de libros, por las exhumaciones de cadáveres y por las circulares de Posada y Negrete,—es el ideal de la política, el *summum bonum* de la teoría y de la práctica de la gobernación, si ya que entonces no lo hicieron se hubiesen decidido cuando el Sr. Posada apostrofó á los ministros diciéndoles que eran un gran peligro para el país, todavía nos hubiéramos explicado su conducta. Por último, si hubiesen aprovechado la ocasión que les ofrecía la circular de 20 de Agosto, y la actitud, en nuestra opinión innovadora, que adoptó el partido progresista, todavía se hubiera podido explicar honrosamente su resolución; pero lejos de esto, una gran parte, si no todos los que ahora combaten al gobierno, aplaudieron de un modo absoluto é incondicional esa medida, lanzando con este motivo terribles cargos y sangrientos epigramas al partido progresista que ahora quieren convertir en instrumento de sus planes, después de haber llamado á sus hombres el Sr. Posada, que sigue siendo la cabeza del monstruoso cuerpo á que sirve de brazo el general O'Donnell, héroe de barricada, que no saben pelear sino cuando no tienen enemigos delante.

No ha sucedido así: los o'donnellistas han tratado de reconquistar por la astucia el poder que habían perdido en virtud de sus desaciertos y al impulso irresistible de la opinión pública; por eso han permanecido en sus puestos y se han vendido por amigos del ministerio hasta que llegó el momento crítico en que creyeron asegurado su triunfo, arrojando entonces la máscara con una desfachatez que ha arrancado una reprobación unánime del público. Las cosas no han resultado como esperaban los pueblos, á pesar de los obstáculos con que han luchado para vencer las influencias o'donnellistas, no han querido investir con la alta misión de representantes, á las hechuras de la situación pasada, y el triunfo que creían indudable se ha convertido en una gran derrota. La astucia no ha producido efecto, y ahora se apela á la amenaza que aún lo producirá, á menos, porque afortunadamente, ni el país ni el Trono se humillarán ante la altiva y orgullosa actitud de un puñado de ambiciosos.

Lo que ocurre, tiene, sin embargo, cierto carácter de gravedad, porque revela que hay como una especie de sociedad masonica, que extiende sus ramificaciones á todos los ramos de la administración, y que sus afiliados no obedecen ni á la autoridad ni á su deber, sino únicamente al general O'Donnell, á quien reconocen como jefe supremo. No hay para qué decir hasta qué punto es incompatible esta monstruosa organización, con el respeto debido á las instituciones fundamentales del país y con el orden público.

El o'donnellismo constituye, según se ve, no un partido político, sino una secta, una orden monástica, una especie de compañía de Jesús, en la cual todos los que la forman son ante el duque de Tetuan *sicut cadaveres*; y como esta asociación no está reconocida por la ley, como no hay ninguna que determine sus relaciones con el Estado, y como por su naturaleza y objeto es incompatible con las instituciones, resulta que para los partidarios de la situación anterior, el general O'Donnell es un verdadero soberano, con todos los atributos y condiciones de tal.

No se crea que es una exageración nuestra lo que decimos; porque aun prescindiendo de la doctrina de los que creían que el general O'Donnell era completamente irresponsable y que podía cambiar de política y de ministerio cuando lo creyera conveniente; aun prescindiendo de los hechos que hemos presenciado en corroboración de esta doctrina, y entre otros los de la caída del ministerio O'Donnell-Posada, y de la formación del ministerio O'Donnell-Pastor Díaz, en el cual tenía este último personaje político la misión de convertir en *sies* ministeriales los *noes* que había dado al presidente de los dos ministerios sucesivos; prescindiendo de todas estas cosas, lo que ahora vemos demuestra que en efecto el general O'Donnell es el verdadero rey de sus adictos; él manda, que se quede cada cual en su puesto, y se quedan; luego manda que los abandonen, y dimiten; de tal manera que los hombres públicos y los funcionarios de que exclusivamente se compone su hueste, no son diputados del país, no son senadores del reino, no son empleados de la nación y de la Reina, sino diputados de O'Donnell, senadores de O'Donnell y empleados de O'Donnell.

Para que tan irrespetuosa anomalía resulte de un modo mas evidente, hay que advertir que no son verdaderas causas políticas, que no son motivos de conciencia los que obligan á los o'donnellistas á permanecer en sus puestos, á dimitirlos y á votar en este ó en aquel sentido, sino el soberano *sic volo, sic jureo* del nuevo monarca. Lo mismo es hoy y lo mismo hace el gobierno ahora que cuando se verificaron hace ménos de treinta días las elecciones; entonces eran ministeriales los o'donnellistas, y ahora están en la oposición. Por otra parte, como ha visto el país, no son solo hombres políticos, sino tambien otros varios, que, aunque muy respetables por varias consideraciones, no tienen este carácter, los que abandonan sus puestos, obedeciendo los mandatos del jefe supremo.

Mediten los partidos, mediten los hombres imparciales de todas opiniones y la nación entera si este proceder y las causas que lo motivan son compatibles con el respeto que se debe al Trono, y con el ejercicio normal y fecundo de las instituciones representativas.

EL REINO.

MADRID 7 DE NOVIEMBRE DE 1863.

Cada día que transcurre escribe la prensa opositora una nueva página de descrédito en sus columnas, y demuestra con mayor evidencia la completa falta de criterio político con que juzga los actos y las declaraciones del actual gabinete.

Hasta hace poco tiempo el ministerio Miraflores era para sus encoados adversarios el representante genuino de la reacción. Interpretando torcidamente el sincero deseo de conciliación que estos gobernantes tomaron por base de su conducta, supusieron las oposiciones que la situación del 2 de Marzo, al tender la mano á todos los conservadores que sinceramente convienen en la necesidad de marchar con la época y la civilización moderna, no aspiraba á otra cosa que á resucitar tiempos de represión y de violencia, que los hombres afectos al sistema constitucional deben olvidar.

Los epítetos de ultra-moderados, de polacos, y no sabemos cuántos otros más, parecieron pocos y débiles á los enemigos personales del gabinete, para enagenarle las simpatías que en el país encontró desde el momento en que este supo que la situación levantada sobre las ruinas del ministerio O'Donnell-Posada se proponía recorrer una senda diametralmente opuesta á la en mal hora seguida por aquel gobierno.

Pero el país, que no podía renunciar á sus propios juicios ante las interesadas acusaciones de banderías desacreditadas; el país, que en el mero hecho de formularse ciertos cargos contra el nuevo orden de cosas había de ponerse en guardia para no dejarse sorprender por la muy probable mala fé de los acusadores del ministerio Miraflores, permaneció impassible y tranquilo, á pesar de los inauditos esfuerzos y estratagemas sin cuento empleados para extraviar su opinión y enemistarle con los que, dignos y altivos, como buenos patriotas, se negaron á servir de mambrapa á los planes de la administración caída, y rechazaron con indignación humillantes protectorados.

El país se atuvo á los hechos y á las solemnes manifestaciones del gabinete: comprendió que estos hombres públicos, elevados á los altos puestos de la administración del Estado sin pretenderlo y cuando más agenos estaban de esperar tamaño honor; estos hombres públicos, que después de dar satisfactoria solución á las graves cuestiones que dejara pendientes el anterior ministerio, creyeron oportuno resignar su mandato á los pies del Trono con un desinterés y una abnegación que registra pocos ejemplos nuestra historia parlamentaria moderna; estos hombres públicos que continuaban al frente de los negocios por efecto de una segunda y señalada muestra de confianza por parte de la Corona, merecían asimismo la más completa confianza por parte de la opinión de los pueblos.

Y efectivamente, el resultado del llamamiento hecho por el gabinete al cuerpo electoral prueba completamente lo favorable de las disposiciones del país hacia sus actuales gobernantes; y esta prueba es tanto más contundente, cuanto que el triunfo del gobierno en las elecciones fué obtenido á pesar de los graves obstáculos que oponían los elementos del anterior orden de cosas, conservados por el actual en el seno de la administración por cumplir, quizás con excesiva generosidad, su promesa de no hacer distinciones en masa.

Pero á pesar de la guerra clandestina que hasta el momento de arrojar la máscara han estado haciendo los o'donnellistas á la situación á que se vendieron por amigos, á pesar de todo eso, el cuerpo electoral supo sobreponerse á todos los manejos, y comprendiendo que iba á ventilarse una cuestión de vida ó muerte para los principios conservadores liberales, cuya bondad reconoce, envió á los escaños del Congreso una mayoría de representantes adicta á esos principios, ó lo que es igual, á la política del ministerio Miraflores.

Pero llegado el solemne momento de manifestar al país en términos concretos el plan de gobierno que la situación se propone desenvolverse con el apoyo de esa mayoría; expuesto dicho plan en el discurso leído por el augusto jefe del Estado en el acto de la apertura del Parlamento, y resultando enteramente conforme con las protestas de liberalismo templado por los principios conservadores que el gabinete ha hecho sin cesar, no siendo humanamente posible á sus desalentados adversarios acusarle ya de reaccionario y anti-liberal, cambian de táctica é incurrir en la exageración opuesta. El criterio del gobierno parece ahora demasiado liberal á sus apasionados emé-

gos; según ellos, raya en los límites de lo revolucionario.

¡A cuán ridículas estrategias, á cuán vergonzosos recursos no obligan la ambición impaciente, los odios y rencoros personales! ¡Hasta qué extremo hacen perder el sentido común, según lo atestigua el triste ejemplo de contradicción que presentan los opositoristas!

Peró desahoguen su despecho cuanto quieran, que el mismo efecto han de producir en el espíritu público las flamantes acusaciones de revolucionario, que las ya olvidadas de reaccionario lanzadas por ellos contra el gabinete.

Los enemigos hoy descubiertos y ayer enmascarados que tiene el actual orden de cosas son competentes, no podemos negárselo, para distinguir la política reaccionaria de la política sinceramente liberal; así pues, hacen un señalado favor al ministerio al asegurar que les parece demasiado liberal, porque al oír semejante aseveración, todos los que conocen el alcance de los acusadores en materia de libertad política comprenderán que el gabinete Miraflores, lejos de seguir sus funestas huellas, se propone marchar hácia adelante con franqueza y decisión, favoreciendo el progreso político y material del país por medio de liberales reformas; pero sin debilitar ni postergar por eso los elementos de orden, base firmísima de nuestra sociedad y de nuestra nación.

Ser demasiado liberal, para los hombres de *El Diario Español*, significa en lenguaje vulgar ser conservador liberal; así es que todos cuantos prestamos apoyo al actual gobierno en nombre de los principios conservadores liberales, debemos darnos la enhorabuena de que parezca demasiado liberal, casi revolucionario, á los desdichados políticos que no supieron gobernar sino abrumando con un yugo de hierro á los pueblos que la Providencia, sin duda por castigo, puso bajo sus plantas.

Entre merecer los vituperios de esos políticos liberticidas por realizar fielmente el espíritu de la Constitución, ó desagradar al país defraudando sus legítimas aspiraciones, la elección no ha podido ser dudosa. El gabinete Miraflores se ha decidido por el primero, y sabrá llevar á cabo con el auxilio de la representación nacional cuantas innovaciones útiles y convenientes reclaman con premura las instituciones representativas de nuestra patria.

Nos pregunta *El Diario Español* que en qué nos fundamos para decir que las dos terceras partes de los diputados que componen la oposición no hubieran tomado asiento en el Congreso si no se hubiesen declarado ministeriales. Extraña es la pregunta cuando todos saben las razones que justifican nuestra afirmación.

Hubiéramos hecho *El Diario Español* á sus amigos los agraciados por equipocación lamentable, y sin duda que habría obtenido una cumplida contestación, más cumplida que la que nosotros podemos darle, pues los señores diputados á que nos hemos referido, además de las causas generales que se oponían á sus respectivas elecciones como candidaturas de oposición, podían decirle los motivos particulares y de localidad que militaban para que fuesen rechazados por los distritos.

Pero puesto que á nosotros se dirige *El Diario Español*, vamos á satisfacer su deseo. Los 60 diputados aludidos por nosotros, vinieron al Congreso de 1858 por obra y gracia de la influencia moral del Gran Elector, y sin más antecedentes ni merecimientos que el padrinazgo de algún poderoso, que impuso sus candidaturas en aquellos momentos de desquiciamiento y desorganización.

Todos saben cómo se hicieron aquellas famosas elecciones y de qué manera los pueblos fueron sorprendidos con las mentidas promesas de una nueva era de prosperidad y de ventura. Cinco años de continuos desengaños, y la conducta torpe seguida por la anterior administración; el nepotismo ministerial, el egoísmo refinado de los principalmente cómplices en la torcida y reaccionaria política del gabinete O'Donnell, y lo infecundo de las cinco legislaturas en que nada se resolvió de lo que en primer término interesaba á los pueblos, hizo que el descrédito mayor rodease el nombre de esos diputados, que no habían sabido ó no habían querido cumplir las aspiraciones de sus electores.

Sin una historia política ni administrativa que los recomendase al cuerpo electoral, sin talentos relevantes, sin palabra, solo con altas posiciones oficiales adquiridas á la sombra de la diputación, no era fácil que los pueblos estuviesen muy dispuestos á depositar de nuevo en las urnas el nombre de esos políticos aprovechados, á que no debían ni un solo beneficio.

Derrocada la situación anterior, puestos de manifiesto todos sus desaciertos, todo el mal que había causado, cuando podía haber producido infinitos bienes, el país entero se mostró propicio á borrar hasta el último recuerdo de aquellos que, para atender al contentamiento de sus pasiones, se olvidaron de los destinos de la madre patria.

Así lo comprendieron esos 60 ó 70 diputados, y porque vieron que sin remedio alguno iban á volver al oscuro rincón del que no debieron de haber salido jamás, y porque conceptuaron que los puestos que habían debido al favoritismo no era posible retenerlos por mucho tiempo, es por lo que se prosternaron ante el nuevo ministerio, y mintieron un día y otro día palabras de afecto, protestas de adhesión, juramentos de fidelidad, y hasta ofertas de heroicos sacrificios.

El gabinete Miraflores, guiado por un sentimiento conciliador y queriendo contar con todos los elementos del gran partido constitucional, aunque dudando de los que con tanta facilidad cambiaban de rumbo, escuchó el canto de las sirenas vicalvaristas, y á pesar de las advertencias de sus legales amigos cayó en la red que se le tendía, y puso de su parte cuanto legalmente le era posible para que los pueblos no retirasen su confianza á los que hasta entonces no habían sabido hacer buen uso de ella.

Inauditos esfuerzos tuvieron que realizar el gobierno y sus delegados en todas las provincias

para que los electores se convencieran de que eran dignos de sus sufragios aquellos diputados, que eran reputados como la verdadera antitesis de toda situación liberal y fecunda en útiles reformas.

Aceptada la política del ministerio Miraflores, los pueblos querían, en su gran mayoría, hombres identificados con dicha política; y si en algunos distritos triunfaron candidatos de oposición, esos serían únicamente las eminencias parlamentarias, ó los que por circunstancias especiales son siempre los candidatos naturales, que se pueden juzgar como vinculados, con beneplácito general.

Para esos 60 ó 70 ex-diputados, sacados por el Sr. Posada Herrera de sitios ignorados, era cuestión de vida ó muerte el ser de nuevo representantes de la nación. De no conseguirlo, como era difícil que pudieran mantener vivo su nombre ni en el terreno político ni en ningún otro, desaparecerían para siempre de la escena y nadie volvería á acordarse de ellos.

He ahí por qué se arrastraron ante el ministerio, y por qué no presentaron sus dimisiones hasta tener en su poder el acta.

Ya ve *El Diario Español* con qué amabilidad contestamos á su pregunta, y cómo en canto llano le decimos la verdad, sin aparatos ningunos, sin recurrir á su literatura declamatoria y *sui generis*.

Si fuese posible consultar el voto, la opinión de los 17 millones de españoles, hombres, mujeres y niños; si fuese posible que todos dijieran, que todos emitiesen su parecer acerca de la conducta de esos señores diputados que hoy forman en la oposición, de seguro que sería unánime, igual á la nuestra.

Hay causas que no tienen defensa, y esta es una de ellas.

Así lo juzga el país, que no otorgará jamás su consideración ni á esos excesos, ni á los hombres que los representan.

Es tal la impresión que en el ánimo de *La Epoca* ha causado la derrota de su candidato, que por no dar por las paredes, pide el poder para el partido progresista. Mal consejero es el despecho, sobre todo si se muestra al público en forma de lamentaciones y de quejas capaces de enternecer el corazón más empedernido.

El llanto de *La Epoca* sobre las divisiones del partido conservador, después de haberlas alentado con su actitud y de defender á los que por ambiciones personales lo agitan en lucha fratricida, se parece mucho al llanto del coodrilo.

Venga, pues, el partido progresista y venga pronto, dice *La Epoca*, y como quien toma la cosa por lo serio, se prepara á vivir en buena armonía con él, sincerándose de los cargos que en otros tiempos le dirigiera, declarando que es falso que en ninguna circunstancia le negara sus servicios, ni siquiera cuando aplaudía al Sr. Posada al día siguiente de calificar á los dignos individuos de la minoría progresista de héroes de barricada que atacan cuando nadie se defiende, y pidiendo á ese mismo partido que fije su dogma con entera seguridad.

Y *La Epoca* no se detiene, porque arrastrada por sus extrañas premisas, dice:

«¿Qué grandes novedades que nos asustasen podría traernos el partido progresista? ¿La libertad de comercio? Nosotros la aceptamos. ¿La libertad de enseñanza? No nos parece necesaria, pero en Francia la piden los jesuitas y el conde de Montalbert. ¿El derecho de reunión? En Inglaterra existe, y no debilita el principio monárquico ni la autoridad del Parlamento.»

Muy ingrato ha de ser el partido progresista si al llegar al poder no tiene en cuenta esta maravillosa leucubración de *La Epoca*. Nuestro apreciable colega pudo continuar sus preguntas y respuestas exclamando: «¿Nos traerá la libertad de cultos? Existe en Francia, y no es motivo de perturbación. ¿La Milicia nacional? No la tengo cariño, pero el duque de Tetuan ha sido comandante, y además existe en Suiza. ¿La disolución de la dinastía y de la monarquía? Otra vez tomó parte en ella el duque de Tetuan, y declaró que se atendería á lo que dijera la mitad más uno de los diputados de la Asamblea constituyente.» Y preguntando y respondiendo por tan extraña manera, no hay doctrinas, principios ni instituciones que puedan resistir.

Mientras *La Epoca* trabaja en la sombra por que la bandera liberal-conservadora sea derrotada y triunfe la reacción ciega y corruptora, aparece abogando en sus columnas por el triunfo de las doctrinas extremas. ¿No sería más lógico que se colocara resueltamente al lado del gobierno y ayudara á desarrollar su programa, que no puede menos de aplaudir? Conteste *La Epoca*, y respondan nuestros lectores.

Ha disminuido en la imaginación de las oposiciones el número de actos graves, y *La Epoca* de anoche los reduce á 50, á reserva de insistir mañana, si el caso apura, en que son 500 ó 1,000. Para mayor desgracia, *La Epoca* confiesa que dos ó tres de las actas de sus amigos son tambien graves, y pide la nulidad; de modo que aun concediendo, que es mucho conceder, que los cálculos de *La Epoca* no son exagerados en la parte que se refiere á los amigos del gobierno, y excesivamente benévolo en cuanto á las oposiciones, tenemos ya un dato para asegurar que es la votación definitiva de la mesa la derrota del señor Mon está asegurada, por fortuna del país.

Nosotros, que en esta cuestión no nos hemos equivocado al anunciar el resultado de la votación para la mesa interina, y que vemos el admirable espíritu que domina en la mayoría, creemos que en la votación de la mesa definitiva dará una lección más severa, si cabe, á los que, movidos por ambiciones ineficaces, no vacilan en destruir en lucha fratricida al gran partido liberal.

La insurrección polaca parece haber adquirido más vigor: en el palatinado de Lublin está consiguiendo en la actualidad numerosos triunfos sobre los moscovitas.

Este recrudescimiento de la resistencia coincide con la aplicación de las más rigurosas medidas en Varsovia. La crueldad de los rusos se ensaña ahora en las mujeres, lo cual produce una gran exasperación en el pueblo. El gobierno nacional ha aconsejado á las señoras, por medio de una proclama, que dejen de vestirse de luto para poner así su honor y su vida al abrigo de los excesos de la soldadesca.

La agitación política es grande en Berlin, y se

esperaban graves acontecimientos al día siguiente de las primeras discusiones de la Cámara de los diputados. Según dice una correspondencia, es dudoso que M. Roon, único ministro elegida, es el cargo de diputado. Uno de los órganos del partido feudal amenaza abiertamente á la mayoría de favor de los polacos acusados de alta traición, si rehusa votar los impuestos, si aprueba un mensaje monarca, ó si formula alguna acusación contra los ministros. El referido periódico afirma que el ministerio ha discutido con todo detenimiento estas eventualidades.

Anuncian de Turin la próxima llegada á París del conde Pepoli, que partirá desde allí á San Petersburgo, donde ocupará el puesto de ministro plenipotenciario.

Porque el conde de San Luis, dice *El Contemporáneo*, votó al Sr. Rios Rosas, deduce *La Política* que los polacos le han votado, y no sabemos cuántas cosas más.

Nuestros lectores no habrán olvidado aún las estadísticas en que probamos, sin que nadie lo contradijese, que todos los polacos eran los ministeriales del gabinete O'Donnell, á excepción de dos ó tres, desde el Sr. Posada Herrera hasta los Sres. Alfaro y Escobar.

Aquellos que cobraron pingües sueldos y votaron con el gabinete Sartorius son los que se hallan comprendidos bajo la denominación de polacos; y como quiera que éstos eran los que formaban la mayoría unionista, cuyos jefes son polacos, como el Sr. Posada, no comprendemos los vaticinios de *La Política*.

Póngase al general O'Donnell un frac ó dése al Sr. Posada Herrera el título de conde de San Luis, y los Sres. Alfaro, Escobar y demás compañeros se crearan en el año 54.

Conque si *La Política* teme que los polacos vuelvan al poder, no se apure, agrega *El Contemporáneo*. Ya han estado en él durante cinco años, y volverán cuando vuelva el Sr. Posada.

Los que acusan al presidente de la República de Haití de proteger á los rebeldes de Santo Domingo podrán ver la orden general que insertamos en otro lugar, dirigida á los comandantes de los distritos de las fronteras, en la que se dispone que todo habitante del país que tome parte en la insurrección ó oculte á los facciosos que hicieren armas contra España serán considerados como perturbadores del orden público y castigados con todo el rigor de las leyes. No seremos nosotros los que neguemos que algún haitiano, por odio á nuestra patria, favorezca la rebelión; pero el presidente de la república y su gobierno conservan con España las mejores relaciones, y su amistad la consideramos sincera y leal.

El ministro de Ultramar, Sr. Permanyer, no pudo asistir ayer al Congreso por hallarse ligeramente indispuerto.

No es cierto, según dice anoche un periódico, que el Sr. Permanyer esté resuelto á retirarse así que se discuta el mensaje.

Anteayer se decía que varios diputados electos por los distritos á causa de representar en ellos las ideas del gabinete, y que á primera hora se han declarado de oposición, se hallan decididos, imitando la conducta que en otra ocasión siguió el Sr. Permanyer, á hacer renuncia del cargo de diputado para acudir otra vez á las urnas electorales, en las que obtuvieron el triunfo por haber proclamado las ideas que hoy combaten. Esto es lo único que les resta hacer, si quieren que la sociedad les guarde las consideraciones á que son acreedoras las personas que obran de una manera delicada y caballerosa.

La Independencia Belga califica de fábula la noticia del casamiento de la princesa Ana de Murat con un príncipe español, al que se daría el trono de Méjico en caso de que no lo aceptara el príncipe Maximiliano.

Gran descubrimiento. Si el príncipe Muley-el-Abbas no consigue arreglar la cuestión de límites en Melilla, la culpa la tendrá el pícaro gobierno, según *La Política*.

Al leer esto nos pareció asistir á la representación de *El pleito*, zarzuela unionista, en donde uno de los personajes de Camprodon, á propósito de no sabemos qué documento perdido, exclamó: *¡Intrigas del gobierno!*

Rectificando á un periódico que habla de cantidades retiradas de la Caja de depósitos, dice *La Epoca* que el último estado oficial presenta nivelados los ingresos con las devoluciones, y agrega que los hombres de negocios no se alucinan, demostrando los precios del mercado cuál es la situación de nuestro crédito dentro y fuera de España.

Efectivamente, no se han retirado cantidades de la Caja de depósitos, y las devoluciones están niveladas con los ingresos. El gobierno actual, para que sus sucesores no se vean expuestos á conflictos, y para que nuestro crédito llegue á la altura que les corresponde, quiere devolver á la circulación gran parte de las cantidades impuestas en aquel establecimiento. Esta medida influirá eficazmente en el aumento de cotización de nuestros fondos, así es, que los hombres de negocios que ven claro en el porvenir, la aplauden y se muestran decididos á apoyarla, tanto por esta circunstancia, cuanto porque ha de ser tambien muy beneficiosa á nuestras grandes empresas industriales.

Los que creían que el gobierno ofrecía promesas sin poder cumplirlas, habrán variado de opinión en las últimas veinticuatro horas. El gobierno se ha presentado ayer en la alta Cámara á cumplir un deber que había contraído con el país. Los señores ministros de Gracia y Justicia, Guerra y Fomento, leyeron varios proyectos de ley de la mayor trascendencia, que el Senado oyó como siempre con religiosa atención, pues á los tan grandes intereses. Se refieren los unos á la organización de los tribunales, á las atribuciones de casación en lo civil, á las atribuciones del tribunal Supremo de Justicia, se refieren los otros á la extensión y límites de la jurisdicción

